

El amenaza que se le hacia
Por sus propios amigos y parientes,
Solamente Tocuezo percibia,
Y dió declaración á muchas gentes.
Berrio recogió su compañía,
Así los sanos como los dolientes,
Y con gran priesa bajan la ladera
Hasta llegar do Lerma los espera.

El cual de ver negocio tan confuso
Mostró gran sinsabor y sentimiento;
La venganza del hecho se propuso,
Segun pedia tal atrevimiento,
Sin creer á la gente de mas uso,
Que por ventura fué su perdimiento:
También Tocuezo dijo ser aviso
Salirse luego Lerma, mas no quiso.

Antes al indio dijo que volviere,
Pues era de cristianos tan amigo,
Y á todos los caciques les dijere
Que lo tuviesen ya por enemigo,
Porque verian antes que saliese
Un mas que crudelísimo castigo,
Y hasta lo mas alto de la sierra
Había de quemar toda la tierra.

El indio, no queriendo dalles cebo
Y ser mejor vivir á mira y anda,
Le respondió: «Yo hice lo que debo
Para tornar aquesta gente blanda;
Mas agora no puedo, ni me atrevo
A les notificar esa demanda,
Porque descargarán unos y otros
En mí lo que desean en vosotros.»

Y si teneis acaso presupuesto
De ir á castigar estos salvajes,
No sudes en subir algun recuesto,
Pues, sin que tú los busques ni trabajes,
Yo sé que te vernán á buscar presto,
Cargados de macanas y carcajes;
Mas yo no quiero ver tan mala cosa,
Sino poner los piés en polvorosa.»

Lerma dijo: «Podrás estar seguro
Que no querrán tomar tan mal consejo».
Pero Tocuezo como ya maduro
Y con las experiencias de hombre viejo,
La tierra ya cubierta con obscuro,
Arrebató las armas del conejo,
Teniendo por mejor salto de mata,
Que la seguridad de que se trata.

Ido Tocuezo, luego se procura
Velar por el compás á la redonda,
Y á causa de la noche ser obscura
Peones y caballos hacen ronda,
Con la solicitud del que segura
Quiere hacer su nave con la sonda,
A fin de descubrir aquel engaño
De donde le podría venir daño.

Y al tiempo ya que la nevada cumbre
Sus candidos colores descubria,
Tocados y heridos de la lumbre
Quel hijo de Latona les envia,
Apartada la ciega pesadumbre
Con la presencia del presente dia,
Dejan los que dormían sus cubiles
Al son de sonoros ministriles.

También del soporifero sosiego
El confiado Lerma se levanta:
De sus ropas le hacen el entregio
Desde los altos hombros á la planta;
Un capellán le dijo misa luego,
Y no mucho después también ayanta
Con vajilla de plata bien labrada
Y con la majestad acostumbrada.

Y al tiempo que se hacen ya pequeñas
Las sombras todas de los vegetales,
Y huyen del calor á frescas breñas
Los unos y los otros animales,
Parecieron por riscos y altas peñas
Inmensa cantidad de naturales,
Con tales gritas, voces y gobierno,
Que parecían furias del infierno.

Bien como lo que cuentan del rüido
De ciertos montes septentrionales,
Que no lo puede comportar oído
De todos cuantos hay de los mortales,
Antes con tanta voz, tanto bramido
Han perecido gentes principales:
Así también aquí se desatina
El español con grita tan continua.

Porque las gentes á furor subyetas
Se convocan, animan y se llaman,
Tocando sobre mas de mil cornetas
Que parece tocándolas que braman:
Innumerable copia de saetas
Por una y otra parte se derraman,
Galgas lapideas, infinito canto,
Que al mas fuerte causaban gran espanto.

No falta gran rüido de atambores
Que tocaban en una y otra loma,
Con los pesados gritos y clamores
Que suelen los secuaces de Mahoma:
Quince caciques son, grandes señores,
Subyectos á los mandos del naoma,
Llamado, segun dicen, Marocando,
Sus gentes cada cual acaudillando.

Serian mas de veinte mil salvajes
Inflados con guerreras apostemas,
Y con aquellas furias y corajes
De gentes renegadas y blasfemas:
Menéase gran suma de plumajes,
Ricas coronas, lucias diademas,
Resplandecientes pectos y chaguales,
Lucidos brazaletes y otras galas.

No venian con orden mal digesto,
Sino con un compás bien concertado,
Acomodado cada cual al puesto
Que por su capitán fué señalado,
Sin que las asperezas del recuesto
Efecto haga desproporcionado,
Porque venian estas gentes juntas
En dos prolijas alas ó dos puntas.

El un cacique, dicho Macopira,
Gobierna con Macorpes el un ala;
No con menos furor ni menos ira,
A la siniestra va Toronomala;
En este mismo puesto Doromira,
El cual en gran destreza les iguala,
Y Marocando, principal regente,
Va con otros caciques en la frente.

Guiando van así los escuadrones
Por recoger en medio los cristianos,
Entre los cuales hay disposiciones
Mas para sueltos piés que para manos:
Pues no menores son sus turbaciones
Que de confusa junta de villanos;
Y así para guardar la dulce vida
Piensan que su salud es la huida.

A gran priesa pidió Lerma Polanco
Arnés escogidísimo que lleva,
Queriéndose con él armar en blanco
De lo superior hasta la greva;
Mas bien pudieran dalle toque franco
Los indios, si hicieran en él prueba,
Porque para la guerra destas gentes
Las tales armas son impertinentes.

También las asperezas de la sierra
Para caballos son inaccesibles:
Hay muchos aguaceros en la tierra,
Y en ella los calores insufribles;
A venenosas flechas desta guerra
Menos parecen armas invencibles,
Pues por poco que quede descubierto
Por allí sin errar puede ser muerto.

Y así para las tales ocasiones
Son mas acomodados y lijeros
Los sayos estofados de algodones
Que usan baquianos compañeros,
Y sirven en las noches de colchones:
Son defensa de grandes aguaceros;
Si durmiendo rebato lo recuerda
Vestida tiene ya la mano izquierda.

No se turba tomándolo dormido,
Por ya tener allí sin que se mude
Con que poder salir apercebido,
Y á la mano halló con que se escude,
De sus industrias propias socorrido,
No con mozo ni paje que le ayude,
Segun agora Lerma, y aun no puede,
Porque ningun lugar se le concede.

A causa de llegar el terremoto
De flechas que no van sin yerba fina,
Y tan grande la grita y alboroto
Quel buen gobernador se desatina:
Y así sin esperar ajeno voto
Aprieta las espuelas y camina:
Signiólo mucha gente de caballo
Tomando por achaque no de jallo.

El peon, que no puede mas, espera
Y al impetu terrible que venia
Hizo rostro la gente mas guerrera:
Con el mejor concierto que podia:
Juan de Céspedes y Juan de Ribera,
Un Pedro de Sanlúcar, un Mejía,
Fernando de Santana, Anton de Palma,
Queriéndola ganar, ó dar el alma.

Ejercitarse bien ambas escuelas,
Cada cual segun uso de su Marte;
No duermen las espadas y rodela,
Las macanas se juegan de buen arte,
Derribanse narices, dientes, muelas,
Mortales golpes hay de cada parte:
Unos caen los cascos ya deshechos,
Otros rotos los vientres y los pechos.

Un gentil indio viene dando carga,
Que gran estrago por los nuestros hizo:
Era de nariz corva, barba larga,
Y tal que se creia ser mestizo;
Todo por donde va lo desembarga
Por poderse hacer encontradizo
Con Pedro de Sanlúcar, cuya espada
Mas que las otras era señalada.

Luego como llegó donde desea,
Juega la pesadísima mañana;
Como lijero tigre se menéa
A vista de la gente castellana:
Comiéznase la singular pelea,
A la cual el Sanlúcar fué de gana;
Los golpes insufribles del desnudo
Atrormentan el brazo del escudo.

Queriendo segundar el indio fiero,
El Sanlúcar, al tiempo del amago,
El cuerpo le hurtó como lijero:
Dió la macana del gandul en vago;
Llegó luego la mano del acero
Para que no se vaya sin su pago,
Y antes que le pusiesen embarazos
Le llevó de revés entrambos brazos.

Puestos en el hervor desta porfia,
Que ya contra los nuestros iba proma,
Un vizcaino, Sancho de Murguía,
Procuró de tomar una corona
De cierto principal, á quien habia
Muerto con gran valor de su persona:
Tomóla, mas teniéndola cogida
Dejóla juntamente con la vida.

Desque Murguía dió postrer aliento,
Con muerte castigada su demencia,
Cargó tan invencible movimiento
Que fué flaca cristiana resistencia;
Y de los españoles mas de ciento
Del humano vivir hacen ausencia:
El resto no pudiendo defenderse,
Tuvo por buen consejo retraerse.

Mas el alférez dicho Benavides,
No sé si por quitar algun despojo,
Se quiso señalar en estas lides
Con golpes llenos de mortal enojo;
Pero pocos duraron sus ardidés,
Por acertalle flecha por un ojo:
Perdió la luz, y fué por la herida
El ánima del cuerpo despedida.

Aparejóse para la venganza
Un hombre de caballo poco diestro:
Contraria le salió su confianza,
Y el hado que la dió le fué siniestro,
Porque Marcopés le tomó la lanza,
Asiendo muchos indios del cabestro,
Y tantos apuntaron al terrero,
Quel caballo murió y el caballero.

Y sin soltar la lanza de las manos
Marcopés ocupó cierto camino
Angosto, por do huyen piés livianos
De los que temen este torbellino,
Y con ella mató cuatro cristianos,
Y muchos mas matara, pero vino
Pablo Fernandez en aquel instante,
Poniendo la rodela por delante.

Marcopés usa de su destemplanza;
Pero fuéle la punta rebatida,
Y al tiempo que de veras se abalanza,
El asta mas compuesta y estendida,
Pablo Fernandez le ganó la lanza
Y juntamente le quitó la vida:
Y así se libertó del detrimento
Y á muchos que le van en seguimiento.

Muñoz y Juan Gutierrez y Zavallos,
Procurando llegar á tierra llana,
E yendo todos tres en sus caballos,
Topan á Delgadillo y á Santana
En grande confusion, y por librallos
De la muerte que al ojo ven cercana,
Como personas comedidas, francas,
Los dos peones toman á las ancas.

Mas antes de pasar los reventones
Por adonde pasaron los primeros,
Llegaron otros nuevos escuadrones
Que mataron aquestos caballeros,
Y los caballos, mas los dos peones,
Escaparon allí por ser lijeros:
Así lo cuenta como yo lo escribo
El Anton de Santana, que es hoy vivo.

Céspedes y Fernando de Santana
Y Pedro de Sanlúcar y otra gente
Que por acá llamamos baquiana,
Recogen los que pueden buenamente
De la recién venida castellana,
Cuya salud está dellos pendiente:
E ya haciendo rostro, ya huendo,
Se fueron á la playa retrayendo.

Finalmente, de sanos y heridos
Formaron escuadron por tal concierto,
Que nunca mas pudieron ser rompidos,
Menos alguno destes quedó muerto,
Con pelear y ser acometidos
En cada reventon y en cada puerto,
Poniendo corazon al que desmaya,
Hasta que ya salieron á la playa.

Do García de Lerma luego puso
La mano con dolor en la mejilla,
Cercado de congójás y confuso
De ver tan cercenada su cuadrilla;
Y sin sacar provecho dalles uso
A bárbaras naciones de vajilla,
Quedando juntamente por rehenes
Cama de campo y otros muchos bienes.

A quien se daba poco que se rompa
Cualquier preseca rica y estimada:
Mas él no comerá con dulce trompa,
Sino con trampa mas acomodada,
Y habrá por bueno de dejar la pompa,
En semejantes guerras escusada:
Pues el buen capitán acá no usa
Llevar sino las cosas que no escusa.

Llegados pues los que salieron buenos,
Con él á Santa Marta se volvieron,
Pero de cuatrocientos ciento menos,
Sin otros quince que después murieron,
No de rabiosos términos ajenos,
Porque rabiando todos perecieron,
Y de piernas, molledos y de brazos
Se caian las carnes á pedazos.

Lerma también constó sacar herida
De sus armadas piernas la derecha,
Llevándola tan torpe y entumida
Que sospechó ser venenosa flecha;
Mas á la gente vil, descomedida,
No dejó de ocupar falsa sospecha,
Diciendo que se dió con un espuela,
Mas fué maliciosísima novela.

Pues se supo de cierto ser saeta
O flecha, no con yerba, sino pura,
Y en ocasion á ella tan subyeta
A pocos ha cabido tal ventura;
Gran número de días tuvo dieta,
Sin que faltase diligente cura,
Y por ser flecha limpia de veneno
A los cuarenta días quedó bueno.

Teniendo pues de vida confianza,
Hizo congregacion de sus soldados
Para comunicalles la venganza
Que desean los hombres lastimados:
Manifestóles con gentil crianza
Sus trazas, sus intentos y cuidados;
Y las palabras del razonamiento
En substancia son estas que yo cuento:

«Señores, en guerrera competencia,
Al teórico mas aventajado,
Si práctica le falta y experiencia,
Las menos veces es bien atinado,
Y el uso y ejercicio sin prudencia
Efecto no promete concertado;
Mas quien sin éstas faltas hace suerte
Por imposible tengo que no acierte.»

«Yo conozco que traje buenas gentes
De capitanes y soldados viejos,
Y en negocios de guerra tan prudentes
Que de muchos podrian ser espejos;
Mas acá son las cosas diferentes,
Y así cumple seguir nuevos consejos:
Que nuevas reglas, nuevas prevenciones
Piden también las nuevas ocasiones.»

«De presente querriamos enmiendas
De los pasados daños recebidos,
Y procurar poner algunas riendas
A bárbaros tan sueltos y atrevidos;
Y no será hacer malas haciendas
Tomar consejos de los mas curtidos;
Pues en los semejantes menesteres
Mas lumbre tienen viejos parecidos.»

«A mí del mismo yerro redarguyo,
Y el enmienda será la que ya muestro:
Seguir á los antiguos hombres, cuyo
Parecer servirá de buen maestro,
Para que corriamos con el suyo
El yerro cometido por el nuestro;
Mas antes que hagamos movimiento
Quiero decir también lo que yo siento.»

«Del valor de los indios sois testigos,
Y aun hoy con la victoria mas lozanos;
A la mira teneis indios amigos
Cuyos intentos no pueden ser sanos,
Si no damos calor á los castigos,
Y vieren que tenemos buenas manos;
Pues sus deseos son y voluntades
Gozar de sus antiguas libertades.»

«Por tanto, si reciente dolor arde,
Que de venganzas es buen alcahuete,
Lo dicho con secreto se reguarde
Y el buen efecto dello se decrete:
Pues cuanto lo hiciéremos mas tarde
Tanto mayor peligro nos promete,
Y el abreviar en cosa semejante
Podémoslo tener por importante.»

«Bien veo que sus flechas son nocivas,
Asperísima sierra, y ellos duros;
Pero no tienen armas defensivas
Ni pelean detrás de fuertes muros,
Y en su flaco pájar con llamas vivas
Los podrian quemar sobre seguros;
Pues á nacion tan vil, cruel y perra,
A fuego y sangre cumple dalles guerra.»

«Esta necesarísima jornada,
Sin la cual no terneis hora segura,
Para que vaya bien encaminada
Tenia por grandísima cordura
Dalles una terrible trasnochada
Cuando la noche fuere mas obscura;
Pues que sabéis que aquella serranía
Nadie la saltó por esta vía.»

«Para mejor pasar esta carrera
Y salirnos en salvo con el hecho,
Ninguno de caballo vaya fuera,
Pues causara mas daño que provecho:
Peones han de ser, gente lijera,
Que salga libre de cualquier estrecho,
Y han de dar en los indios á tal punto,
Quel golpe y el tronido llegue junto.»

«Segun aquello que la tierra muestra,
Este parece orden conveniente,
Si por juicio de la gente diestra
Otro no se hallare mas factible,
Pues experiencia, prvida maestra,
Imposibilidad hace posible;
Y así deseo que mayor prudencia
Sobre mi parecer dé su sentencia.»

Oida la razon, dijeron todos
Los que podian autorizar plaza,
Que para ir por ásperos recodos,
Que gente de contrarios embaraza,
Eran los dichos los mejores modos,
La mas segura y acertada traza;
Porque yendo callados y secretos
Se podrian hacer buenos efetos.

Hizose lista pues de los cabales
Hombres que allí tenia nuestra Hesperia:
Son doscientos y diez, de cuyos males
Nos da desdicha larga la materia;
Y fueron los caudillos principales
Escobar y Fernando de la Feria,
Soldados valerosos, principales,
Pero no para mandos tan cabales.

Al tiempo pues que nubló vespertino
Encubria los ricos y mendigos,
Todos ellos se ponen en camino,
Sin quererse fiar de indios amigos
Para que no tuviesen adevino
Ni de su pretension otros testigos;
Y los nocturnos nubló apartados,
En un monte estuvieron emboscados.

Hasta se despedir febea lumbre
Y volver las tinieblas á su juro,
Vistiendo como tienen de costumbre
Todas las cosas de color obscuro;
Y entonces caminaron á la cumbre
Por do les parecía mas seguro:
Subieron asperezas á porfia,
Pero no por el orden que cumplia.

Porque sin esperar los diligentes
A los mas tardos y de menos tinos,
Y sin examinar inconvenientes
Que de diestras consultas eran dinos,
Se partieron en partes diferentes
Como dieron en copia de caminos,
Puesto que cada cual tuvo creído
Ir juntos y ninguno dividido.

Pero llegados á las poblaciones
Do pudieron subir sin ser sentidos,
Los capitanes sin sus escuadrones
Confusos se hallaron y perdidos,
Contando solos veinte y seis peones,
Del cuerpo de la gente divididos,
Sin poder atinar por qué ladera
Caminan los demás de su bandera.

Habian de subir á lo mas alto
En las obscuras horas del sosiego,
Antes que diere el primer asalto,
Y á los demás venir bajando luego;
Pero Juan de Escobar, viéndose falto,
En el pueblo mas bajo puso fuego,
Porque los divertidos acudiesen
A do la claridad del fuego viesén.

La viva llama su furor estiende
Y por los altos de las casas vuela:
Caneyes potentísimos enciende,
Aviva grande viento la candela;
Salía quien el fuego comprende,
No barruntando dolo ni cautela,
Mas todavia sin haber sospechas,
En las manos los arcos y las flechas.

A las voces y gritos del despierto
El que estaba dormido se despierta,
Y en el salix tenían tal concierto
Que ningun español los desconcierta:
Ninguno de los indios quedó muerto
De cuantos acudian á la puerta,
Por salir cada cual tan á recado
Como si fuera sobre muy pensado.

Reverbera la luz por los altores;
Suenan voces de gentes alteradas;
Levantanse cercanos moradores,
Y acuden á las llamas levantadas:
Claramente se ven los malhechores;
Resplandecen los yelmos y celadas;
Y así los indios como los cristianos
Aderezan las armas y las manos.

Los españoles otros, que gran trecho
Estaban apartados deste puesto,
Por la lumbre que ven juzgan lo hecho;
Mas no pudieron acudir tan presto
Por la gran aspereza del repecho
Que por delante tienen contrapuesto;
Pero ya resbalando, ya cayendo,
La derecha ladera van subiendo.

Los otros que pusieron la candela
Y no salieron bien con el insulto,
Cumplíales hacer buena rodela
Para no dar las flechas en el bulto;
Y el mas valiente dellos se recela
Por oír de gandrulos gran tumulto,
Sonando por los altos y peñoles
Gornetas de marinos caracoles.

Lenos de confusion, llegó la hora
Cuando mostraba ya por el altura
Sus dorados cabellos el aurora,
Cuya lumbre les fué menos segura,
Pues aunque cumbres de los montes dora,
Sus corazonas viste de tristura,
Viendo la multitud que los rodea
Sin poder escusarse de pelea.

Bien como cuando de las dulces venas
Salen nuevos enjambres en verano,
Que para no volver á las colmenas
Ocupan el espacio comarcano:
Así de indios ven laderas llenas
Que vienen al ejército cristiano,
Con tal braveza que de solo vellos
Se ponen erizados los cabellos.

Llegados al conflicto y al aprieto,
Cada cual de sus armas se aprovecha,
Declarando por obras su conceto,
Pues ponen su salud en su derecha;
Mas el arma que hace mas efeto
Es la mortal y venenosa flecha,
Cuya menor y mas leve herida
Quita las esperanzas de la vida.

Animan sus soldados los caudillos
De nuestros fatigados castellanos,
Cuyo cansancio les ponía grillos,
Porque los indios sueltos y lozanos
No solo no se bartan de herillos,
Mas quiérenlos tomar vivos á manos,
Con un recuento tan impetuoso
Que no les daban punto de reposo.

Como toros á quien gente lijera
Va con agudas puntas enclavando,
Que como nunca para su carrera,
Y aquí y allí y allá suenan gritando,
La lengua con sudor echan de fuera
Y están con los ijares arqueando:
Así tienen á nuestros españoles
Los bárbaros y los ardientes soles.

Como la gente y el que los gobierna
Andaban mas sin buelgo que con bazo,
Mataron á Francisco de la Serna,
Que peleaba con heróico brazo;
Hirieron á Escobar en una pierna,
De la cual luego se cortó un pedazo,
Por librarse con esta diligencia
De aquella venenosa pestilencia.

Y un indio desde el alto de un cabezo,
Con una piedra dió golpe tan lleno
Que dél cayó Mateo de Burruezo,
Soldado conocido por muy bueno;
Al Escobar pasaron el pescuezo,
Aunque con flecha limpia de veneno,
Que si no mal pudieran socorrello,
Pues no cumplia cercenar el cuello.

Dos veces mal herido tuvo vida,
Con no poder tener á mano fuego.
La demás gente desta dividida
No traía menor desasosiego:
Con golpe de mortífera herida
Fernando de la Feria cayó luego;
Al fin el español ya sin remedio
Tierra determinó poner en medio.

Visto huir la gente peregrina,
Sin esperar el sano por el cojo,
El bárbaro sus pasos encamina,
No con hervor de flaco ni de flojo,
Y de la sierra hasta la marina
El campo con la sangre dejan rojo;
Pues ya con flecha, ya pechos abiertos,
Quedaron sobre cien cristianos muertos.

Los bárbaros crüeles y nocivos
Por escudos y por espadas huellan,
Con las cuales á todos los captivos
Traspasan, hieren, matan y degüellan;
Y á los cristianos muertos y á los vivos
Las caras con las barbas les desuellan,
Que vista cada cual de paja lleña,
Espectáculo fué de harta pena.

Aquellos que libró su lijereza
A Santa Marta fueron mal parados,
Mostrando las angustias y tristeza
Que nacen de sucesos desdichados;
Y habia de presente tal flaqueza
Y número tan poco de soldados,
Quel gobernador tuvo por incierto
Poderse sustentar en aquel puerto.

Por ser como doscientos castellanos,
O pocos mas de nuestros peregrinos,
Y de los naturales comarcanos
Sobre noventa mil los mas vecinos,
Que con arcos y flechas en las manos
Son peores que espíritus malinos;
Pero con todas estas turbaciones
Estuvieron quietos los ancones.

No para que jamás les fuesen gratos
Los rostros de las gentes extranjeras,
Mas por los vinos caros ó baratos
Que solian venir á sus riberas,
Y por rescates otros y contratos
De herramientas para sementeras;
Y lo mas cierto es, á lo que siento,
Quitalles Dios aquel atrevimiento.

Pero la gente nuestra temerosa,
Aunque velaba como convenia,
Pues el mas descuidado no reposa
Y de la luenga noche hace día,
Pensaba si rugía cualquier cosa,
Ser multitud de indios que venia,
Hasta que deshacian sus antojos
Con claridad y examen de los ojos.

Mas cuando se recela rompimiento,
Considerando que los indios suelen
Enalmagrarse con aquel unguento
De bija que con trementina muelen,
Los que tienen algun conocimiento
De lejos los barruntan y los huelen;
El cual olor también tienen las ramas
Del árbol bija puestas en las llamas.

En este tiempo pues que se recela
La venida de los alderredores,
Encendieron con bija la candelá
En casa de uno destos pobladores:
Las narices de los que hacen vela
Al punto percibieron los olores;
Fué cosa por entonces creedera
Estar sobrellos toda la frontera.

Tocaron arma los que tienen voto,
Pareciéndoles ser verdad patente:
Levántase ruido y alboroto;
En confusion se ve quien menos siente,
Ansi como si fuera terremoto
Que viene con obscuro de repente;
Finalmente, la gente castellana
Veló hasta que vino la mañana.

Después del sobresalto, que fué sumo,
Llegada ya la luz del claro día,
Aquella turbamulta se fué en humo
Viendo cómo de humo procedía;
Mas pues en este canto yo consumo
Mas espacio de tiempo que debria,
Y quedo cuasi sin aliento, quiero
Cobrallo para el canto venidero.

CANTO TERCERO.

Donde se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno de García de Lerma.

No cuantos tienen nombres de soldados
Son dignos de por tales ser tenidos,
Ansi como son muchos los llamados
Y de los muchos pocos escogidos:
Señálense los hombres esforzados
En animar á los que ven caídos,
Porque en la haz del bélico tumulto
Muchos vereis que son como de bulto.

Y ansi también en las calamidades
En aquella sazón acontecidas,
Había muchos destas vecindades
Que no hacían cuenta de sus vidas,
Y otros tenían las dificultades
A sus buenos esfuerzos sometidas,
Prestando á los demás, porque no penen,
El ánimo y el brazo aquellos tienen.

Y el Lerma con aquestas turbaciones
También se consumía con tristeza,
Y quiso por las tales ocasiones
Desamparar aquella fortaleza,
Habidas muchas consideraciones
Cerca de los peligros y pobreza;
Pero viejos en estos menesteres
Estaban de contrarios pareceres.

Destos antiguos era compañero
Un Alonso Martín, hombre famoso,
Varón en sus consejos muy entero
Y en los trances de guerra venturoso,
Único y admirable ballestero:
Aqueste, como cuerdo y animoso,
A solas, sin testigos circunstantes,
Al Lerma dijo cosas semejantes:

«Pena tengo, señor, del mal suceso,
Mas no me maravillo que lo haya;
Pues en el caso próspero y avieso
Nunca fortuna va por una raya:
Mil coques suele dar, mas no por eso
El valeroso capitán desmaya,
Antes cuanto mas flaco y abatido
Menos se reconoce por vencido.

»Este mismo valor quiero que siga
Varón que tiene tan ilustres prendas,
Y que no lo desmaye la fatiga
Causada del rigor destas contiendas,
Por no dar ocasion á que se diga
Que con miedo quereis volver las riendas;
Pues tal murmuracion el varón fuerte
Procura de huir mas que de la muerte.

»Las obras y palabras de constante
Anejas son á vuestro nacimiento;
Y ansi conviene que para adelante
Conozcamos en vos tan buen aliento,
Que visto vuestro brio, se levante
El mas acobardado pensamiento;
Pues los soldados en cualquier demanda
Andan con el calor del que los manda.

»Demás desto, señor, no tengais pena
Por padecer pobreza de presente;
Pues os daré también la bolsa llena,
Si vuestra merced quiere darme gente:
Prelíerome tener maña tan buena,
Que el mas frío soldado se caliente,
Porque ya conoceis ser el dinero
Para los calentar gentil brasero.

»Si concebis acaso pensamiento
De no cumplir agora salir fuera,
Por padecer el pueblo detrimento,
Estando de mal arte la frontera,
Ningun temor tengais de movimiento,
Que no se mueven tan á la lijera,
Mayormente de los caballos huellan
Y rompen, desbaratan y atropellan.

»Lo dicho me parece medicina
Para poder salir desta congoja,
Y el remedio que hace mas aína
Fortísima la gente, de muy floja:
Quien al os aconseja desatina,
Y es lo demás andar de mula coja;
Tengo mi parecer no por siniestro,
Salva la correccion del mejor vuestro.

El Lerma procuró de estar atento,
Como varón sagaz y bien compuesto,
Y prometiéndole, no sin juramento,
Habiéndole cuadrado lo propuesto,
De le dar todo buen aviamiento,
Y quel despacho dél seria presto,
Por parecer consejos de discreto
Y convenir ponellos en efeto.

Luego con instrumentos musicales
Se mandó pregonar un mandamiento,
Por el cual capitanes, oficiales
Y soldados vinieron al momento;
Y hechas de silencio las señales,
Declaró Lerma con razonamiento
Que hizo, pretender perseverancia,
Del cual aquí ponemos la sustancia.

«Caballeros y amigos, el deseo
Que para remediaros he tenido,
Si no ciegan pasiones, yo bien creo
Que cada cual lo tiene conocido:
Pero, como sabeis, ningun empleo
Hecimos que bien haya sucedido,
Y ansi mi voluntad no hizo muestra
De las obras debidas á la vuestra.

»Mas tras tormenta viene la bonanza,
Que no viento contrario siempre vienta,
Y ansi si nuestro mal hace mudanza,
Y algun bien la fortuna nos aumenta,
De mi terneis entera confianza,
No menos en honores que de renta,
Habiendo cerca desta conveniencia
También de vuestra parte diligencia.

»Pues mal triunfará quien no pelea,
Y el mancebo galán ó viejo cano
Menos alcanzará lo que desea
Estando siempre mano sobre mano:
Ejemplos vivos son los del aldea,
Do quien no siembra, nunca coge grano,
Y allí son los placeres y gasajos
Donde nunca se huyen los trabajos.

»Todo peligro vencen los despiertos:
Sueño y ociosidad es el que daña;
Y ansi para borrar los desconciertos
Pasados, cumple darnos buena maña
Porque desamparar aquestos puestos
Sepa quien lo pensare que se engaña,
Pues á todos será muy mal contado
Perder lo que los otros han ganado.

»Y ansi quiero que luego salga fuera
Un escuadron de hasta cien soldados,
Que vayan recorriendo la frontera
De los pueblos que están muy sosegados,
Con cuerdo capitán, de quien se espera
Que todos volverán aprovechados,
Y es Alonso Martín, amigo vuestro,
En cualesquiera cargos hombre diestro.

»Para mas afentarnos al camino
Y averiguar alguna diferencia,
Irá Pedro de Lerma, mi sobrino,
De cuyo valor hay gran esperiencia,
No solo con el bárbaro vecino,
Mas en otra cualquiera competencia:
Es Fernando Pizarro buen testigo,
Que huelga de tenello por amigo.

»Y ansi juró después de la rencilla
Que le vistes tener con el Fernando,
Que si Dios lo volvía de Castilla,
De le dar en Pirú general mando;
La cual promesa fué para cumplilla,
Pues, segun piensan uno y otro bando,
El Almagro y Pizarro llevan viento
Que los ha de traer á rompimiento.

»Pero dejemos amistad enferma;
Volvamos al negocio mas urgente:
Digo que tiene de ir Pedro de Lerma
Con Alonso Martín, que está presente,
Al cual encargo yo que no se duerma,
Sino que luego salga con la gente,
Pues entendemos quel efeto desto
Tanto mejor será cuanto mas presto.

Dada declaracion de sus intentos,
Contrarios á cobardes pareceres,
Cobraron los antiguos sus alientos
Y los que allí tenían sus mujeres;
No menos fueron ledos y contentos
Aquellos codiciosos mercaderes,
Que con el esperanza de rancheos
Les habían fiado sus empleos.

Calzarse luego de lijeras suelas,
Que de caballos todos iban faltos:
Anjeos y coletas son las telas
Que cubren á los bajos y á los altos;
Caminan como diestras alcavelas
De lobos cuando van á hacer saltos,
Mas ó menos en fuerzas, pero tales,
Que en la destreza todos son iguales.

Va Juan de Céspedes, varón famoso,
Dignísimo de historia mas entera;
Van Pedro de Sanlúcar y Moscoso,
Bueso y el capitán Juan de Ribera,
Luis de Manjarés el animoso,
Mancebo que después en otra era
Fué de aquella ciudad el ornamento,
Su vida, su salud y su sustento.

Pedro de San Martín y Cascajales,
Santana, San Millán, Martín de Frias,
Blasco, Martín Monroy, Andrés Gonzalez,
Y Lorenzo Martín, cuyas poesias
No fueron de las menos principales:
Los cuales yo tracté por muchos dias,
O los mas dellos, cuyos hechos buenos
Elogios merecian muy mas llenos.

Y Domingo de Aguirre, vizcaino,
Que fué tal cual conviente que hombre sea,
En el tiempo de paz varón benigno,
Fortísimo leon en la pelea;
El cual al rematar de su camino
A mi me señaló por albacea,
Y soy su capellán en este dia,
Y mi morada es la que él tenía.

Soldado principal desta conquista
Y gran descubridor de sus rincones;
Y como quien testigo fué de vista,
También en escribir gastó renglones,
Porque de cosas varias hizo lista
Y me dejó cumplidas relaciones,
Las cuales tengo yo por escriptura
Tan buena, que contiene verdad pura.

Salieron pues, y el amistad antigua
Sustenta Mamatoco, que los ama;
Pasando van por Zaca y por Origua;
Bien recibidos son en Irotama;
Saliéronles de paz los de Bondigua,
Y lo mismo hicieron en Chairama:
Todos ellos traian manos llenas
De los dones que dan doradas venas.

Van á los siete pueblos comarcanos
En torno de brevisima distancia,
Donde fueron señores siete hermanos,
Cada cual dellos hombre de sustancia:
Allí les presentaron ricos granos
De oro y otras joyas de importancia;
Por otros pueblos van desta manera
Corriendo faldas de la cordillera.

Mas por consejo del que los regia,
Nunca jamás la gente castellana
En el lugar do les anochecía
Esperaban la luz de la mañana:
En diferente parte ven el día,
Porque si la canalla, como vana,
Usase de las suyas en asechos,
Los hallaren de allí prolijos trechos.

Por otros pueblos pasan por la posta,
Mas siempre su caudal se perficiona
De ricos dones; y con ser angosta
Y de pocos soldados la corona,
Dejaron estos pueblos de la costa
Y entraron en el valle de Tairona,
De cuya boca fueron centinelas
Los del pueblo llamado las Pijuelas.

Es valle de profundas angosturas,
Que rápida corriente lo reparte;
Pero las mesas dél y sus alturas
Bien pobladas en una y otra parte
De gente, curiosas las culturas,
Casas pajizas, pero de buen arte,
Y su grandeza y latitud es tanta,
Que de caneyes grandes es la planta.

El caudal destos indios fué solene
Entre tanto que por aquel asiento
Cudicia no llegó que lo cercene
De los que suelen ir en seguimiento:
Hay auríferas venas, y allí tiene
El rio de Don Diego nacimiento,
El cual, por muerte deste caballero,
Del nombre lo hicieron heredero.

Sus vados grandemente peligrosos
Para los naturales y extranjeros,
Porque sus cursos van impetuosos,
Y de grandísimos despenaderos:
Hay puentes de bejucos correosos
Asidos á los árboles fronteros,
Donde son menester sólidas sienes,
Porque quien pasa da muchos vaivenes.

Entrando por el valle la bandera
Del español, que fué de breve lista,
Alborotáronse sobremanera
Los indios, recelando su conquista,
Y también porque fué la vez primera
Que se desayunaban con su vista:
Cubre los altos cantidad inmensa
Apercibidos para su defensa.

Mas Alonso Martín, con lengua diestra
Y en aquella de tairós instruida,
Con señas y palabras hizo muestra
No ser á mal efeto su venida,
Diciendo: «Si quereis amistad nuestra,
La vuestra no será mal recibida,
Pues deseamos ser vuestros hermanos,
Sin que jamás vengamos á las manos.

»No trae para furias de peleas
Ninguno de nosotros intenciones,
Ni colleras ni duras arropas,
Ni hierros que semejen á prisiones:
Antes traemos joyas y preseas
A fin de celebrar contractaciones,
Para que deis vosotros y acá demos
Las cosas de mas precio que tenemos.

» Daremos cantidad de herramientas
Con que podeis talar estas riberas,
Y sin sudor hacellas opulentas,
Engrandeciendo vuestras sementeras:
Traemos demás desto muchas cuentas,
Muchos peines, cuchillos y tijeras,
Sombreros y honetes colorados,
Y camisas con cuellos bien labrados.

» A los indios que están á las vertientes
De la mar, y aun distantes buenos ratos,
Tenemos por amigos y parientes,
Y todos ellos se nos muestran gratos,
Holgándose de ver cristianas gentes
Y de teher sus tractos y contratos;
De cosas que tenemos se proveen,
Y ellos nos dan el oro que poseen.

» Si haceis esto con los peregrinos
Que de presente veis en vuestras cumbres,
Seguros podeis ir por los caminos
A vuestros tractos, usos y costumbres:
Mas si no, de los términos marinos
Vernán aquí crecidas muchedumbres
Y tantos escuadrones de cristianos
Que todos estos cerros hagan llanos.

» Aunque, si no huiis inconvenientes
Y estais en vuestro mal perseverantes,
Los poquitos que veis aquí presentes
Para cosas mayores son bastantes:
Por tanto cesen vanos accidentes,
Volved al buen sosiego como antes,
Porque la buena paz á nadie daña
Y á muchos destruyó la ciega saña.

A las palabras y comedimientos
De quietud, amor y de templanza,
Estuvieron los bárbaros atentos,
Admirados de ver la confianza
Que tenían los pocos y hambrientos,
Innumerable siendo su pujanza;
Y el indio principal Gairacimonde
Estas palabras breves les responde:

« Bien vemos que fastidian y empalagan
Rencillas y guerreras disensiones,
Y que de los contractos que se pagan
Redunda bien á todas las naciones,
Como los tales sean y se hagan
Con el peso de sanas intenciones;
Y así debajo destas cualidades
Quiero y acepto vuestras amistades.»

Luego de las alturas bajó gente
Con ledo rostro, sin minace brazo:
Gairacimonde con alegre frente
Al Alonso Martín dió gran abrazo,
Y los mas principales en presente
Ofrecieron de joyas buen pedazo,
Y en los rescates el que mas ayuno
Abalanzaba mas de mil por uno.

Acudió menos de lo que pensaron,
Por no teher el oro valor lleno;
Y en tres ó cuatro dias que tardaron
En sus contractos por aquel terreno,
En patente y oculto rescataron
Mas de noventa mil pesos de bueno,
Con la cual granjearia que fué cierta
Resucitó la gente cuasi muerta.

Dijo pues á los indios que estaria
Allí para buscar mas interese
Hasta ya concluir quinceno día,
A fin de que mas oro se le diese;
Mas esa misma noche hizo via
Y salió sin que nadie lo sintiese,
De la manera dicha proveido,
Sin quedar hombre muerto ni herido.

Llegaron á los puertos deseados,
Do con aplauso fueron recibidos
Y del gobernador fueron honrados,
Acariciados y favorecidos,
Aunque quedaron no pocos soldados
Acerca de sus partes desabridos,
Y es porque pretendia mayor parte
El mas inútil en el estandarte.

Y estas son por acá querellas viejas,
Pues que los mas rünes y mas bastos
Quieren correr con todos las parejas,
Y de lo que no tienen hacen fastos:
De modo que el rebús de las ovejas
No se contenta con medianos pastos,
Y no deja de dar al bueno pena
El ver cómo se meten en docena.

Pero dejémoslos con sus locuras
Y verbos en que hacen gran instancia.
Digo que por aquellas espesuras
Del puerto y fuera dél poca distancia,
Se descubrieron muchas sepulturas
De donde resultó harta ganancia,
Porque todos los indios principales
Se entierran con sus joyas y caudales.

Un hoyo se cavaba que á buen sondo
De la profundidad que contenia
Un estado seria lo mas fondo,
El cual derechamente descendia:
Bien así como pozo muy redondo,
Y en lo mas bajo deste se hacia
Un grande socabón con partes anchas
Losado todo él de lisas lanchas.

Puestos los edificios en su punto,
Aunque no por arte romano,
En un duho sentaban al difunto,
Con sus arcos y flechas en la mano,
Vasos de sus bebidas allí junto,
Y bollos y tortillas de su grano,
Compuesta y adornada la persona
Con joyas de oro, cuentas y cacona.

Hallaron muchos en aquellos puertos
No poca cantidad destes archivos,
Por el industria de los mas espertos,
A quien no defraudaron sus motivos;
Y así desenterrando cuerpos muertos,
Resucitaron muchos hombres viyos,
Pues el que mejoró la camiseta
Hablabá como dicen de la oseta.

Mas el gobernador luego procura
Con toda la posible diligencia
Que ninguno sacase sepultura
Si no fuese mediante su licencia:
Parecióles á todos cosa dura,
Y renegaban ya de la paciencia;
Y mas que se tomaba las mejores
Quitándolas á los descubridores.

Quedaron ansimismo descontentos
Porque de pueblos mas acomodados
Señaló suertes ó repartimientos
Dándoles lo mejor á sus criados;
Y así los hombres de merecimientos
Quejosos se mostraron y agraviados,
Y la demora no se señalaba,
Sino quien mas podía mas sacaba.

Pues cierta cosa es y averiguada,
Que cuando la tal renta se pedía,
El cacique menor de la Ramada
Les daba todo el oro que cabía
En una caja grande ensayalada
Que de piezas labradas se henchía,
Yaun aquel hueco que juntar no pudo
Rehenchian de oro mas menudo.

Cobrado gran caudal en oro puro,
Fingian irse con aquel carguo,
Y al tiempo que dormía mas seguro
El indio que les dió tan buen avio,
El español volvía con obscuro
A saltar el resto del buhío,
Privándole de todos sus haberes
Y de queridas hijas y mujeres.

Con estas desvergüenzas y solturas
Estos indios se fueron despoblado,
Metiéndose por grandes espesuras,
Potente poblacion anihilando,
Y aun hicieron algunas travesuras
Con los que los andaban saltando,
Pues mataban personas españolas
Cuando las encontraban á sus solas.

En aquesta sazón y en esta parte
Humedeció su faz el duro suelo
Con la sangre de Antonio de Yusarte,
Hermano de Hierónimo de Melo,
Que para la bandera y estandarte
Fué grave turbación y desconsuelo,
Por ser de gran valor estos hermanos,
Y de los principales lusitanos.

Y así fué que buscando cierto día
En una pequenuela carabela
Perlas de que noticia se tenia
En la costa del Cabo de la Vela,
En la Ramada vieron ranchería
Y cerca de la playa gran candela:
Antonio de Yusarte salió fuera
Creyendo ser de paz como antes era.

Con solos diez y seis soldados llega
A fin de les pedir mantenimiento:
Recibióronlo bien, y él se sosiega
Como vido su buen comedimiento;
Mas luego sobrevino la refriega
Que fué su destrucción y acabamiento,
Con tan impetuosos desconciertos,
Que en breve tiempo todos fueron muertos.

El barco como viesse hecha sarta
De cabezas de cuerpos divididas,
Antes que contra él la furia parta
Al viento dió las velas estendidas:
Llegó con dos ó tres á Santa Marta
Llorando las desgracias sucedidas;
Los principales vistense de duelo,
Sin lo saber Hierónimo de Melo.

Desto fué la razón estar absente
Y andar la costa abajo descubriendo
En una carabela con la gente
Que como capitán iba rigiendo;
El cual por ser sagaz y diligente
En gracia y en honor iba subiéndolo,
Y este Melo halló la boca llena
Del río grande de la Magdalena.

Y como los designos en que estriba
Era sacar á luz no vistas sillas,
Determinó subir por él arriba
A ver lo que contienen sus orillas:
Mandó pues que su gente se aperciba
Armando las espaldas y ternillas,
Y toldando también de dura tela
Aquel espacio de la carabela.

Hechas estas y otras prevenciones,
Subieron sin que viento los resista,
Y con la cantidad de poblaciones
Hincheron los deseos y la vista;
Pero tan deshonestas las naciones,
Que no tienen cubierta que los vista:
Oro labrado traen ellas y ellos
En orejas, narices y en los cuellos.

Tomó del inventor el nombramiento
La primera ciudad en aquel suelo,
Y aun hasta hoy le llaman al asiento
El pueblo de Hierónimo de Melo,
No para que durase con aumento,
Pues no parece ya hueso ni pelo,
Solamente nos queda la memoria
De grandeza tan grande y tan notoria.

Con recato guiaba su carrera
El Melo con la gente de Castilla:
No va por la corriente muy afuera,
Ni tampoco pegado con la orilla;
Cubriase de indios la ribera
A ver la nunca vista maravilla;
Y un indio que llevaban los entiende,
Y les pregunta lo que se pretende.

Rogándoles que no hagan bullicio
Por ver el espectáculo presente,
Pues los que ven no tienen por oficio
Damnificar al bueno y obediente:
Solo quieren traerlos al servicio
De un gran señor, monarca prepotente,
A quien por su virtud, valor, clemencia,
Todos los hombres deben obediencia.

Que de ninguno recibirán daño
Si fuesen sus vasallos y subyectos,
Y deste verdadero desengaño
Resultarán también otros efectos:
Que vernán al católico rebaño
Do vivrán seguros y quietos,
Con la noticia y el conocimiento
De aquel que les dió ser, vida y sustento.

Respondiéronle ciertos capitanes
Que parecían ser allí mayores:
« Andad para bellacos, haraganes,
Infames, mentirosos, burladores,
Que pretendéis comer ajenos panes,
Donde no derramais vuestros sudores;
Pues Pocigüeyca ya nos dió noticia
De vuestras propiedades y cudicia.

» Si venís á cobrar algún tributo,
Águilas de oro, petos y celadas,
Luego como pongais piés en enjuto
Las hallareis tan bien aderezadas,
Que nunca volvereis sin aquel fruto
Que sacastes de aquellas cabalgadas.
Esto decían y otras muchas cosas,
Y disparaban flechas venenosas.

Mas arriba de allí suben ataos,
Por no les ayudar viento bastante;
Mas luego sobre mas de mil canoas
Vieron llenas de indios por delante,
Que con todo favor guían las proas
Para tentar al nuevo navegante,
El cual por escapar de la revuelta
A la mar procuró de dar la vuelta.

Al impetu se van de las corrientes
Las velas á los aires estendiendo:
Los muchos y atrevidos combatientes
No con presión menor los van siguiendo;
Innumerables flechas van pendientes
Del toldo del bajel que va buyendo,
Porque fuera notable desatino
No huir tan terrible torbellino.

Y cuanto mas duraba la carrera,
Iba la tempestad en mas aumento,
Hasta tanto que ya salieron fuera
A las ondas del mar y largo viento:
Los indios vuelta dan á su ribera
Por no podellos ir en seguimiento.
Así que constá ser este navio
El primero que entró por este río.

Metió todos sus hombres en el puerto,
Ninguno mal parado, sino sano,
Y por lo que dejaba descubierto
Alegre se mostró y algo lozano;
Pero como dijeron ya ser muerto
A manos de los indios el hermano,
La pena que tomó fué tan crecida
Que le quitó los dias de la vida.

No menos esta muerte fué llorada
De todos por tenello por amigo,
Y para que también fuese vengada
La de Antonio Yusarte que ya digo,
Determinaron ir á la Ramada
Para hacer un ejemplar castigo;
Y así se tomó dello tal venganza
Que todo fué rigor y destemplanza.

Luego se caminó por las salinas
Y por zavasanas secas y arenosas,
Hasta venir á dar á los cocinas
Gentes desesperadas y animosas,
Con quien entre cardones y entre espigas
Tuvieron competencias rigurosas,
Y después de vencidos, en su villa
Hallaron ropa fresca de Castilla.

Admiráronse todos de repente
Viendo mercadería sin mercado,
Mas luego conocieron claramente
Ser de gente que había naufragado,
Sin que lo declarase delincente,
Ni diese cuenta deste mal recado;
Mas todos recogieron ropa harta
Y se partieron para Santa Marta.

Al río de la Hacha caminando,
Antes que se pasase su ribera,
Por sus mismas pisadas aguijando
Dos hombres ven venir á la lijera:
Sabian bien que no son de su bando,
Y así toda la gente los espera,
Reconociendo con la vista sola
Que debía de ser gente española.

Llegaron no sin grande desconsuelo,
El uno sacerdote y otro lego,
Y hincan las rodillas en el suelo,
Sin que tomasen punto de sosiego,
Porque poner los ojos en el cielo
Fue lo primero que hicieron luego,
Dando gracias á Dios que les dió tino
Para ver y tomar aquel camino.

Luego de su negocio dieron cuenta
Con voz que mil suspiros entremete,
Diciendo que corrieron gran tormenta
Y dieron al través en el portete,
Donde gente feroz, crúel, sangrienta,
Despojaron de vida ciento y siete
De pasajeros y de mercaderes,
Sin perdonar á niños ni mujeres.

Los seis dellos se habían abscondido
Escabulléndose de la refriega,
Y fueron por camino no sabido
El tiempo que duró la noche ciega:
Cuatro dellos habían perecido
Porque la sed á muerte los entrega;
Y escapar ellos del inconveniente
Fue milagro de Dios harto patente.

Pues caminando por una zavana
De noche, vieron rastros de caballos,
Y allí durmieron hasta la mañana
Para poder mejor certificarlos;
Y con divina fuerza mas que humana
Grande prisa se dan por alcanzallos,
Pues quiso Dios que sin merecimiento
Tuviese su deseo cumplimiento.

Pesóles de tan áspero suceso;
Y la fatiga destos remediada,
El naufrago soltero y el profeso
Con los demás se van á la Ramada,
Donde otra vez usaron del esceso
Dándoles una buena trasnochada,
So color del castigo dicho antes
Y causas que decían ser bastantes.

Pero demás de aquellos delincuentes
Que fueron agresores y culpados,
Algunos miserables inocentes
Fueron contra justicia castigados
Con penas y castigos insolentes,
A todas crúeldades arrojados,
Y las cudicias grandes del injusto
Ordenaban los cargos á su gusto.

Y aunque el gobernador no lo sabia,
Antes refrenó siempre los rigores,
Las malas intenciones todavía
Criaron coronistas y escriptores,
Pues quien sabia menos, escribía
Al gran emperador ó á los oidores
Que la Española tiene con audiencia,
Pidiendo contra Lerma residencia.

El cual ya poseído deste miedo,
Determinó de enviar á España
A su criado Nuflo de Sagredo
En confianza de su buena maña,
Y llevar en derecho de su dedo
Probanzas hechas contra quien le daña;
Pues nunca faltan á quien manda junta
Mil testigos que hincan la pregunta.

Fueron pues las probanzas gran embargo
Para se despintar algunos daños
Que resultarían del proceso largo
Primero que probara ser engaños;
Y así le vino luego de su cargo
Prorogación de tres ó cuatro años,
Y á los mas flacos en sus amistades
Procuró de ganar las voluntades.

Mayormente de hombres que tenían
Algunas honorosas cualidades;
Y porque muchos otros padecían
Varias dolencias y necesidades,
Hospital hizo do se recogían
Y se curaban las enfermedades;
Y estas expensas eran á su costa,
Que cierto no podía ser angosta.

También socorrería con sustento
Don fray Tomás Ortiz, sabio prelado,
A quien el Lerma dió repartimiento,
Que fué Bondigua, pueblo celebrado,
Donde hacia principal asiento,
Y por esto no poco murmurado,
Por ser allí las grandes fundiciones
De las mas comarcas poblaciones.

De manera que la comun malicia
Su vida religiosa maculaba,
Diciendo muchos dellos que cudicia
A residir allí lo convidaba,
Y con diestros ministros de avaricia
Alguna joya mas se le pegaba;
Mas él decía ser intencion sana
Y por les enseñar la fe cristiana.

Solían pues soldados ir á obscuras
Para sacar sepulcros acechados,
Algunos solos á sus aventuras,
Por causa de los mandos publicados;
Y así fueron á muchas sepulturas
Sin que fuesen en ellas sepultados,
Pues por asechos en lugares ciertos
De los vecinos indios eran muertos.

De suerte que por muchas sinrazones
Que se hicieron en aquella era,
Conmutaron los indios condiciones
Quitando paz á toda la frontera,
Dorsino, Gaira y los demás ancones,
El de la tierra dentro y el de fuera,
Sin acudir á tracto ni contrato,
Ni dalles grano caro ni barato.

Mas ya por otras tierras y partidos
Iba volando lá veloce fama
De los ricos sepulcros referidos,
Con trompa de cudicia que los llama
Y un son que deleitaba los oídos
Del cupido galán y de la dama:
Así que ya tenía Santa Marta
De los recién venidos gente harta.

Tanto, que de la mucha que venía
Estaban llenos hasta los rincones,
Y en la misma sazón también había
Necesidad con indisposiciones,
Que Lerma por su parte socorría
Con algunos regalos y raciones,
No para ser cabal mantenimiento,
Sino manera de entretenimiento.

Mas el soldado que salud tenía
Quisiera navegar con otros vientos,
Porque la causa por que se movía
Eran conquistas y descubrimientos,
Y andando rancheando todavía
Hallaba sin dineros alimentos;
De suerte que la gente mas granada
Deseaba hacer algun entrada.

Allí Pedro de Lerma florecía
En el tiempo que desto se tractaba,
Cuya buena presencia prometía
Aquello que por obras ya mostraba:
En esfuerzo, valor y gallardía,
Aviso y discreción se señalaba,
Y en recuentros había dado muestra
Cual la podía dar persona diestra.

Joven, gallardo y en edad florida,
Bien acondicionado, bien dispuesto;
La barba roja, llena, proveída,
Y de gracioso y agradable gesto,
Cualquiera proporción tan por medida
Que no tenía miembro mal compuesto;
En la conversacion era sūave,
No muy regocijado ni muy grave,

Ofrécese también á la memoria
Como decía dél alguna gente
Su nombre propio ser Pedro de Soria,
Y el Lerma no venille propriamente,
Y aun afirmaban por cosa notoria
No ser deudo del Lerma ni pariente;
Pero no sabré dar razon bastante
Por qué decían cosa semejante.

Pues antes y después que con él vino,
A todos ellos era manifiesto
Tratallo Lerma como su sobrino,
Y cuasi semejaban en el gesto:
Juzgamos pues de aquí ser desatino
Los que creían lo contrario desto;
Y así con ser el Pedro mozo tierno
Lo hizo general de su gobierno.

Pues como general entonces era
Con todas las anejas condiciones,
Aderezóse para salir fuera
Con doscientos destrisimos peones:
Que caballos en ninguna manera
Pueden subir aquellos reventones,
Y mas adonde van valles horribles
Cuyas entradas son inaccesibles.

Bocarabue y le llaman al primero,
Y Bongay es el nombre del segundo;
Profundisimos son entrambos, pero
El de Bocarabue es mas profundo,
Rodeado de tal despeñadero
Que no puede ser mas en este mundo;
Están mas adelante de Tairona
Al paraje del paso de Marona.

En ellos entran por un angostura
Aspera para gentes extranjeras:
De dentro no contienen gran anchura,
Pero poblados van por las laderas;
De yuca y de maíz es la cultura;
Son todas gentes ricas y guerreras,
Y bien como venados van lijeros
Por peñascos y por despeñaderos.

Pues por los pasos mas acomodados
El general entró con los que lleva,
Y para ser los indios avisados,
Su propia vista les llevó la nueva:
Fueron en breve tiempo convocados
Para venir en fuerzas á la prueba,
Mas un cacique dicho Sollozoa
Con aquesta razon abrió la boca:

«Si conocemos términos discretos
No conviene que nos alborotemos,
Pensando que hará malos efectos
La poca cantidad destos que vemos;
Y así mi parecer es que quietos
Y con paz y amistad los esperemos,
Satisfaciendo bien sus intenciones
Con alimentos y con ricos dones.

»Haremos al contrario descuidado,
Viendo que se le da buen acogida,
Y no reposará sobresaltado
Y con su gente bien apercebida;
Y así podremos darnos buen recado
En privillos á todos de la vida,
Cobrando sin ningun inconveniente
Nuestro caudal y el suyo juntamente.»

A todos pareció consejo bueno,
Y se ciñeron desta confianza:
En quietud pusieron el terreno,
Reduciendo sus gritos á templanza,
Creuyendo ver aquel efeto lleno
De los que les promete su esperanza,
Midiendo todos ellos los efectos,
Según sus pensamientos y concetos.

Entre tanto llegaron los cristianos,
Hablandoles con lenguas convinientes
Y haciéndoles señas con las manos
Para mas mitigar sus accidentes,
Diciéndoles: «Queremos ser hermanos,
Amigos vuestros, deudos y parientes,
Y que tengais por bien dar obediencia
A un rey de grandísima potencia.

»A cuya fuerza no hay opuestos muros,
Ni rebelde que luego no despoje:
Sobre potentes reyes tiene juros,
Y á su dominio todos los recoge;
Viven libres, quietos y seguros
Los suyos, sin que nadie los enoje,
Y desta libertad y beneficio
Gozareis si venis á su servicio.

»Si celebrardes estas amistades,
Serán á todas partes honorosas;
Y porque nuestras buenas voluntades
Conozcais, os daremos muchas cosas
Que para vuestras huertas y heredades
Muy necesarias son y provechosas,
Y vosotros dareis en pagamento
Eso que solo sirve de ornamento.»

A do paró la gente castellana
Bajaron luego muchos principales,
Así manéchos como gente cana,
No sin ostentacion de sus caudales:
Arco no parecía ni macana,
Antes de paz son todas las señales;
Ven de joyas de oro tal aumento
Que daban al deseo henchimiento.

Y recibidos los primeros dones
Y presentes que fueron de sustancia,
Se comenzaron las contractaciones
Ricas y no de menos importancia,
Porque las maliciosas intenciones
Se bolgaban en dar cualquier ganancia,
Tanto que del caudal y venta hecha
Cada cual concibió mala sospecha.

El sol iba sus carros recogiendo
Al hemisferio del opuesto cielo,
La lumbre de sus rayos abscondiendo
A los habitadores deste suelo,
Y el alegre color se va vistiendo
De la librea del nocturno velo,
Cesando por aquel inconveniente
Contractos y el concurso de la gente.

Y así dijeron á las compañías
Que del lugar hacían mudamiento,
Que no fuesen pesadas ni tardías
En acudir con reconocimiento,
Pues habían de estar por muchos días
Dentro del valle y en aquel asiento,
Donde les convenía regalallos,
Porque, si no, saldrán á castigallos.

Pero ya despedidos los postreros,
El general habló con sus soldados,
Y en secreto les dijo: «Caballeros,
Ya nosotros tenemos embolsados
Cantidad no pequeña de dineros,
Pues pasan de cincuenta mil ducados:
Páreceme determinacion cuerda
Poner la presa donde no se pierda.

»Pues sospechosa es la buena gana
Con que dan sus haciendas los escasos,
Y así querria que con obscurana
No fuesen nuestros piés flojos ni lasos,
Porque cuando llegase la mañana
Tuviésemos tomados malos pasos,
Do sin riesgo podemos en la cumbre
Defendernos de tanta muchedumbre.

A todos ellos en cabildo juntos
Les pareció consejo de discreto,
Y el parecer que daba ser trasunto
De lo mas subatancial y mas perfeto;
Y con sus joyas en el mismo punto
La partida pusieron en efeto,
De manera que fueron con obscuro
Hasta llegar á puerto mas seguro.

Quando llegaron, ya la bella dama
Del antiguo Titon mostró la cara,
E ya salía de la dulce cama
Adonde del cansancio se repara,
Y en la misma sazón febea llama
Volvia las tinieblas en luz clara,
De suerte que los ojos en su daño
Ya no podían padecer engaño.